

LUNA



LUNA



SUMARIO

ANTONIO DE LEZAMA	GEMAS DE SANGRE
PABLO DE LA FUENTE	EL TIEMPO MUERTO
AURELIO ROMEO	POR LA CARRETERA
EDMUNDO BARBERO	GENIOS POR DECRETO
CUADERNO DE POESIA: ROMANCES MORISCOS	

NOTAS DE LECTURA, por J.C. y A.R

Portada e Ilustraciones de ONTAÑON

AMUJ

Gemas de sangre

No conserva la historia el nombre de aquél artífice de maravilla, joyero de los Abbasies de Bagdad, que en el Alcazar de Harun-ar-Raxid entreba como en su propia vivienda.

Quémabase en amoroso fuego el gran monarca oriental y acaso los desdenes de la sultana Zobeida, aquella belleza anticipada de las huries que promete el Profeta le hacían arder en celos. Nada contentaba a la hermosa y sus ojos de gacela miraban con desprecio cuantas riquezas amontonaba a sus pies de leche y de rosa el régio enamorado. Las joyas más ricas, las telas más suntuosas, las músicas de mayor armonía, las flores más fragantes y aromáticas todo lo encontraba pobre e indigno de su atención, buscando ansiosamente algo que aumentara unos encantos que ella creía que se iban marchitando con los años. Las mismas caricias de su hijo predilecto, el príncipe Alamín, le producían cansancio y tedio.

Acaso un secreto amor atormentaba a la Sultana.

Harun-ar-Raxid pensó que el orífice tal vez lograra satisfacer el afán de lujo de quien reinaba en su corazón, y a él acudió para que le hiciera la más admirable joya de que fuera capaz, una alhaja como no hubieran visto los siglos y que al correr del tiempo aumentara en fama y valor.

En manos del artista puso su tesoro entero y plenos poderes para tomar cuanto estimase conveniente a sus designios.

Sonriose el viejo maestro cuando recibió el mandato y afirmó que sería tal la régia dádiva como la grandeza de quien la hacía pero que acaso fuera conveniente desistir del empeño porque alhaja tan magnífica solo a costa de enormes sacrificios se podía lograr y únicamente dolores y llantos llevaría.

consigo a quien la poseyera.

Temeroso el Califa Abbasí, dudó, pero el tenaz capricho de Zobeida al conocer su propósito triunfó una vez mas en sus deseos y en el taller del lapidario se fué realizando la obra.

Sabía el mago artista la sensual pasión de Harum-Ar-Raxid y en armonía con ella le prometió fabricar una cinta de caderas hecha en perlas y piedras preciosas que rodeando aquella ánfora de placer realizara sus encantos y fuera la mas preciada caricia para la Sultana.

Cuando el ceñidor fué presentado a los soberanos quedaron estos asombrados. Nada mas exquisito ni mas rico era posible concebir. Las perlas de purísimo oriente, los bermejos rubies, las esmeraldas de color de mar, los zafiros como trozos de cielo, los topacios amarillos cual la envidia, las amatistas semejantes a violetas cristalizadas, los diamantes iguales que solos refulgentes formaban, engarzados en oro como sobre un encaje prodigioso, un cinturón que no parecía obra humana.

La admiración del Califa fué aún mayor cuando al preguntar al joyero lo que valía el joyél le contestó el anciano que nada tenía que entregarle porque, aun cuando las gemas y los metales eran de la mejor ley, carecían para él de valor pues los había hecho con lágrimas, gotas de sangre, envidia, dolor, esperanzas, lutos y suspiros, mucha parte de lo cual había recogido a lo largo de su amarga vida, y haciendo un profundo saludo desapareció para no volver jamás. El Gran Visir de Harum-Ar-Raxid dijo a su soberano que aquél hombre había visto a justiciar a su único hijo.

Es achaque en los poderosos no creer que la desgracia les pueda herir, y el terrible vaticinio de aquél artista del siglo VIII tuvo bien espantosa y duradera confirmación.

Lo que parecía un Imperio vencedor del tiempo cayó con la celeridad del rayo y el Califato de los Abbasies se derrumbó. Turbas enloquecidas de odio y de venganza derribaron de su trono al Califa Alamín y cuando este buscaba la salvación en la fuga, llevando el tesoro real y escondiendo en su seno el ceñidor de su madre, la Sultana Zobeida, la soldadesca enfurecida y el pueblo harto de sufrir entraron a saco en los palacios de Bagdag y destruyeron todas sus riquezas y en los jardines acorralaron al Califa, dándole crudelísima muerte y profanando su cadaver que allí quedó como triste despojo, mientras los asaltantes se llevaban con el tesoro aquella maravillosa cinta que cifó en piedras preciosas las caderas de la sensual Zobeida.

No era el ceñidor de la Sultana presea de gente humilde y por eso a los poderosos Omeyas de Damasco y en todos los pala

cios por donde pasó fué sembrando con el asofibro y la codicia, el crimen, el dolor y la desgracia; los caudillos musulmanes que llevaron a Córdoba la grandeza de los Omniadas damascenos trajeron a tierras españolas la fatídica joya, y en la gran ciudad cordobesa dejó un reguero de sangre.

El sartal de la Sultana de las Mil y Una Noches pasa de los Omeyas cordobeses a los Beni Dsi-l-Nun de Toledo, donde reina el malaventurado Alcadir en el siglo XI. Cuando la Sultana lo ciñe a su cintura en los ojos de quienes lo ven hay brillos dodiciosos y las manos se engarñan en ansias de robarlo. La envidia y la maldad andan siempre unidas tras del cinturón de Harum-Ar-Raxid, y el maleficio persigue implacable a sus dueños.

El rey Alcadir, derrotado por el emperador Alfonso VI, marcha a Valencia y logra que la Aljama y la nobleza valenciana depongan a Otman, hijo de Ben-Abdelaziz, que hacía nueve meses reinaba, para coronarle a él.

Todo parece sonreírle cuando en Febrero de 1.086 entra en la ciudad del Turia entre aclamaciones del pueblo y protegido por el famosísimo Alvar Fañez.

Albuerbolas de alegría, el melodioso "¡lu! ¡lu!" de las moras, le saludan prometedoras de ventura. El pecho del monarca agareno se hincha de gozo y esperanza. Perdió un trono pero tiene otro, con él va el tesoro del que es la mas preciada prenda el ceñidor de Zobeida; Alfonso VI le protege, su capitán es el valeroso guerrero Alvar Fañez, el Cid le es propicio. Y, sin embargo, sigue la desgracia; cuando combate le derrotan, los que antes le eran fieles se le rebelan y cuanto hace no es sino un error o una injusticia. En Valencia se va formando un ambiente asfixiante.

El faquí Abdallah Ben Yassin, de los Yesula mogrebinos, con sus secuaces los almoravides, se van adueñando de Africa y fundan Marruecos y conquistan Egipto. Son los musulmanes de la mas pura ortoxia y cuando Yuçuf está en el apogeo del poder los moros andaluces, que temen a Alfonso VI y aún más al Cid Campeador, le instan para que venga España, como así lo hace.

Mientras, la atmosfera se va poniendo cada vez mas densa y solo ante Yuçuf aparece amanezadora la invicta figura del Cid; Alcadir tiene la desgracia de que el cadí Yafar Ben Yehhaf, "el Zambo", de la primera nobleza valenciana, acaudilla el partido anticidiano y pronto es el jefe de la revolución contra Alcadir, a quien, al triunfar ésta, sitian en su palacio. El rey, enfermo y feble de corazón, solo piensa en huir con sus tesoros. En una arqueta guarda las mejores alhajas, se ciñe a la cintura el sartal de Zobeida y vestido de mujer busca la fuga. Sobre sí lleva una inmensa pero fatal riqueza. Acaso pen

sara el poco animoso monarca en la desgraciada suerte del Sultan Alamin y en el saqueo de los alcázares de Bagdag. ¿Le pasará a él lo mismo? El ceñidor que cuando se derrumbó el califato fué a parar al rey Mamun de Toledo y a su nuera, la madre de Alcadir; ¿volverá a ser robado? Y lleno de angustia va a esconderse entre las mujeres en una casita que hay próxima a un baño.

Ben Yehhaf anda como un loco buscando al rey Alcadir para despojarle de sus joyas y oro, pero quiere hacerlo secretamente, sin que nadie se entere. Para ello le sirve un jóven de la familia del ministro Ben Alhadidí, asesinado a presencia y paciencia de Alcadir en Toledo, trece años antes, y en la noche del jueves al viernes 28-29 de Octubre de 1092, asaltan al rey en su escondite, le degüellan y despojan su cadaver. La cabeza de Alcadir, clavada en una pica, es paseada en triunfo por las calles valencianas y después arrojada a una alberca. El cuerpo, encharcado en su sangre, es tirado a un muladar de donde un alma caritativa lo recoge y escondido en una vieja estera lo saca de la ciudad para enterrarle sin mortaja, "sin que moro ni mora llorase por él".

Las mujeres no vierten lágrimas por aquél a quien saludaran con los "ilu! ilu!" de sus alegres albuerbolas, que ahora dedican a su matador.

Ben Yehhaf, ladino, raposo, artero busca congraciarse con el Cid que pronto es dueño de Valencia, pero en sus oídos resuenan siempre las palabras de Ben Tahir, el anciano ex-rey de Murcia, que recibe malos tratos del infatuado asesino, que se dá aires y tiene esperanzas de ser soberano, y le dice en inspirados versos: "Vete despacio, oh "Zambo", pues has llegado a trance peligroso cuando has muerto al rey Alcadir y te has revestido su túnica. Día vendrá en que recibirás la paga merecida y no hallarás refugio para escapar".

Y el castigo llega, pues cuando el Cid, que antes le acusara de traidor y le desafiara en arrogante carta, compruba, aplicandole el tormento, que Ben Yehhaf robó a Alcadir, le hace juzgar y es condenado al fuego por perjurio y regicida y por las infamias que cometiera en Valencia.

Ben Yehhaf, en Mayo de 1095, es ajusticiado en las afueras de Valencia, Enterrado hasta el pecho en un hoyo se encienden haces de leña alrededor, y cuando el fuego se propaga, el propio reo, deseoso de que acabe el martirio, se acerca los tizones exclamando: "En el nombre de Alah, el clemente, el misericorioso".

El tesoro de Alcadir va a parar al Cid y el ceñidor de Zobeida acaso engalane en alguna fiesta la prócer figura de doña Jimena.

¿Dejó de ser nefasta la famosa alhaja? No me atrevería a asegurarlo porque poco después muere en una batalla Diego, el único hijo varón de Mio Cid y este no tarde en seguirle al sepulcro y se pierde Valencia. Muerto, aún no viejo, Rodrigo Díaz de Vivar acaso llevara al sepulcro con el dolor de la pérdida de su hijo y los agravios que a sus hijas infirieran los Infantes de Carrión, las consecuencias de haberse apoderado del ceñidor de Zobeida.

Cuando doña Jimena marcha a Castilla se lleva consigo el tesoro y no se sabe cómo el ceñidor de Zobeida va a parar al palacio de los reyes castellanos ni de qué manera cae en manos del condestable don Alvaro de Luna, pero lo cierto es que cuando en 1453 le degüellan en Valladolid, el rey D. Juan II busca afanosamente las riquezas escondidas por el Condestable y en el escondrijo último, el más secreto e insospechado de todos, soterrado en medio de dos pilares del alcazar de Madrid, aparece el famoso tesoro de los viejos reyes de Castilla y como su más preciosa joya "la cinta de caderas de oro e de perlas e piedras preciosas que fué del Cid Rui Díaz", hecho que refiere la "Cuarta Crónica General".

..

¿Qué ha pasado después con este tesoro, son ese sartal de maravilla?

Tantos crímenes se han cometido en los alcazares, tanto dolor ha habido en ellos que todo hace pensar en la continuidad del maleficio.

Alguien, aficionado a la cartomancia, me asegura que el ceñidor de Zobeida fué a caer en poder de unos joyeros que desmontaron las piedras para hacer con ellas nuevas alhajas, que van por el mundo sembrando crímenes y llanto y que cierto día, que echó las cartas, las cartas le dijeron que veían una dama adornada con piedras que parecían lágrimas, gotas de sangre, envidia, esperanza, lutos y suspiros, que en un charco, ensangrentando, el cadaver de un dictador que llamaba una cosa así como don Pancho.

Antonio DE LEZAMA.

NOTAS POLITICAS

Sigue al avance alemán que ha llegado hasta el mar y persigue ahora ocupar Calais y Dunkerke. A pesar de esto se nota un principio de reorganización de las fuerzas aliadas que consiguieron arrebatarnos Arras a los alemanes. El mariscal Petain, envió a la colonia francesa en Madrid un telegrama diciendo "Nous les aurons!".

Mientras se reduce aun mas la ración de pan y se prepara, por medio de rumores salidos de las propias panaderías, al público para la falta total de este artículo, se obliga a los obreros de las fábricas a acudir a las procesiones del último Corpus.

DIVAGACIONES

EL TIEMPO MUERTO

NO solo por la repetición de los nombres de la guerra del 14 se hace posible unir en un solo punto la brecha de entonces con los días actuales. Hay algo más. Algo que parecía barrido para siempre, que se quería ver resucitar, y que cobra cuerpo insolente y canta la salvaje melodía que todo el mundo baila.

Se cegó el valle artificial, que algunos consideraban abismo, abierto por la generación de la post guerra. Nos encontramos otra vez, de repente, cerca de la doliente generación ilusionada de allá hacia el año 10, viviendo de un regusto de los éxitos industriales del siglo XIX, pudriéndose en las hojarasca artificial del modern-style, escuchando a Wilde, dando posibilidades a la Duncan y hurgando en el tiempo perdido con Proust. Era la época del éxito sensual de París y la indiscutible elegancia de Londres. Era el "credo in unum Deum" cantado al Progreso. Las vidas podían fijarse metas, calcular de antemano las etapas y pensar: a los cuarenta años andaré por las veinte mil pesetas de ingresos al año.

Hoy nos hablan -y nos parece admisible- de la necesidad de una revancha de la Alemania vencida. El juramento de Goering puede haberlo pronunciado toda la nación alemana refiriéndolo a su ejército. Pero en aquella época no se podía suponer en las revanchas de un vencedor. Y las hubo. Se entró en Bélgica, se pasó a Francia. Los caballeros de sombre-

ro hongo de todos los países clavaron banderitas en la línea del Somme, mientras la propaganda clamaba en letra impresa sobre los horrores de la invasión alemana en Bélgica o sobre las hazañas de los submarinos alemanes.

Una generación se iba asqueando de todo aquello en las trincheras. Es duro aceptar el papel de héroe oficial, porque así se le antoje a un sargento mas o menos grosero. ¿Por qué la guerra? Se preguntaban unos y otros. ¿Por qué ésto que nosotros vemos y que no es nada parecido a lo que se lee en los libros escritos por hombres cobardes bien instalados en sus cómodos gabinetes. La descomposición pudo ser detenida por los jefes militares en un lado del frente. En el otro no. Perdieron éstos. Quedo una tierra removida guardando millones de cuerpos jóvenes. Los estadísticos podran establecer una lista de cuantos cerebros inteligentes, e incluso excepcionales, estan encerrados bajo esa capa de tierra o dispersados en piltrafas por el aire.

Los que volvían querían derribarlo todo. Se anduvo a tiros por las calles de muchas capitales de Europa. Se lanzaron por la ventana tambien los idolos artísticos y literarios. Sale en la Historia la Revolución social, acompañada del arte social, la literatura social, la arquitectura tectónica, el teatro de masas. Como masas fueron llevados a la matanza hablandoles de justicia y bienes sociales. Como masas sociales quieren hacer frente a la nueva vida.

Se enciende la chispa de los ideales realizables por encima de todo y a pesar de todo. El sentido ceremonioso se hunde aplastado en la risa de los mas naturales ademanes de la nueva generación. Por que, eso sí, se ríe mucho. Se ríe mientras se afilan las armas para otra nueva lucha, la definitiva, la última, la interior, la que va a alejar para siempre los tópicos supervivientes e instalar un órden para todos, para los más, para las masas. Sentido de lucha interior: bofetadas a los artistas "pompiers", milicias y organizaciones de partido (El Partido lo es todo, el hombre nada).

En Rusia se ha abierto un camino que absorbe en seguida millones de entusiasmos. En Roma se alza otro mas al gusto de los "snobs", porque el que da los golpes, hace la sangre y mata es el bien vestido, y el que muere es ese desagradable sujeto

que se llama pueblo, que vive en las casas peores, y mal. Y cuya cacería es el nuevo deporte excitante: el verdadero deporte de post-guerra.

Salió despues una lucha de teorías, unos cantos a las banderas. De puntillas empezaron a acercarse los literatos. A disputarse los personajes en las novelas. Como lo hacían los lectores en todos los países.

Europa empezó a mover sus fronteras. El pensamiento empezaba a no saber donde asirse. Todo vacilaba y era obligatorio tomar partido en una lucha que se le presentaba a uno en la calle, en casa, en todas partes.

La ultima gran lucha en defensa de los ideales humanos posteriores a la guerra fue la española. Vencieron los de las apolilladas concepciones, y una atmosfera "restauración" de un lado y "barroco-neoclásica" de otro, pretende vivir sin savia sobre una España llena de estupor y tristeza.

Creíamos que íbamos a ganar -¿cómo no?-. Nos disputamos sobre la victoria, nos dividimos. Llegó el triunfo de los mediocres y el espíritu de cuartel. Hemos perdido. Hemos mirado despues a Europa y nos ha dado miedo ver espagarse, en una jugada de habilidad oportunista, el fuego de la última antorcha de esperanza. Bajo vuelo el de las ideas; pobre vuelo; mísero vuelo. Se nos llenó la frente de cenizas desencantadas.

El tiempo se ha perdido. Hay, si, la radio, el cine sonoro, el avión rápido, las electrificaciones y muchas cosas más de esta clase que avanzan un poco cada año. Pero el cerebro acaba siempre en un punto muerto en cuanto quiere orientarse en el laberinto de las ideas. Habíamos hecho un esfuerzo enorme derribando ídolos y creíamos tener en la mano muchas veces una nueva verdad. Y ahora la verdad no es más que eso: Alemania contra Francia e Inglaterra; Bélgica invadida; Petain-Verdun; weygand-Foch; Mandel-Clemenceau; lista negra para los avanzados y rogativas en Notre Dame; la guardia de Hitler dando honor a Guillermo II; Churchill mandando en Inglaterra.

Se ha cerrado la brecha de veinticinco años. La terrible pesadilla del 14 sigue, no se ha reanudado, es la misma. Ayer mismo es cuando llevaban nuytras madres las mangas abultadas en los hombros, los cuellos de encaje, el relojito de esmaltes pendien

do de una larga cadenilla al cuello, el peinado en forma de corona. Ayer mismo eramos niños sorprendidos por noticias de una guerra que llenaba de letras grandes las columnas de los periodicos. Despues nos han dicho que fuimos juvenes y que habia ideas magnificas a las que dedicar la generosidad de nuestros instintos. Hubo ruinas, pero ya conociamos y sosteniamos edificios sólidos -esto no puede fallar- Templos de ensueño, ideas de ensueño, que ya no podemos reconstruir. Nada. Nada. "Frente en el Somme" (se clavan banderas en los mapas, se canta la propaganda por la radio) "Francia en peligro" "Plegarias publicas". "El Papa"...

Cuando el fascismo sea derrotado ¿quien nos dirá cómo hemos de presentar la cuenta contra las redivivas momias de ayer y los falsarios de hoy?

Pablo DE LA FUENTE



Por la carretera.

(CUENTO)

MARCELO volvía a la capital un tanto desilusionado. La imaginada aventura había resultado un fracaso. Después de rodar una buena cantidad de kilómetros detrás del coche amarillo a cuyo volante pudo percibir la figura de una mujer bonita que le sonrió al adelantarle; después sentarse juntos a la misma mesa en uno de esos propicios albergues de carretera, le había resultado insoportable. Era una niña bien y nada más que eso. Cuando la hora de la verdad se aproximaba, detenía su marcha y refulaba asustada. ¡Para qué sonreír, entonces!

Apretó el acelerador del coche al tiempo que encendía los faros. Había perdido completamente la tarde. Procuraría llegar cuanto antes para no perder también la noche. Tenía que ganar tiempo para tener más horas a su disposición que emplear en no hacer nada. Si se descuidaba no habría ya nadie en el club con quien arreglar un plan para la velada. Y tenía que desquitarse del fracaso. Lamían vertiginosamente el asfalto las ruedas del automóvil y al pasar, los árboles le llamaban con un siseo entrecortado.

Había sido una idiotez, ahora lo comprendía y lo estaba pagando. ¡Ir solo en su coche a esas horas, tan propicias! ¿Para qué se metía en aventuras que no necesitaba para encontrar todo lo que una mujer pudiera proporcionarle, si tenía a su alcance lo mejorcito de las chicas recién aparecidas en su elegantísimo mundo? Ya no tenía remedio. Ahora, a correr y lle

gar cuanto antes. Le parecía que los 120 que señalaba el cuentakilómetros eran metros. Sin poder apartar de su imaginación la tarde perdida, sacó un cigarrillo y lo encendió. Luego, se entregó por completo a la velocidad.

No había adelantado a nadie en la carretera. Naturalmente, todo el que tenía que volver a la ciudad, lo había hecho horas antes, pensaba. Como un perro loco tras una liebre que no vé se tragaba las distancias. Un punto rojo que desapareció delante de él le indicó la presencia de otro coche y entonces organizó la cacería. Pisando a fondo aumentó su marcha. Al coronar la cuesta vió el resplandor de los faros de su perseguido surgir de entre los árboles. Indudablemente había acortado las distancias. Cinco minutos después le había dado alcance, le pasaba y veía que iba conducido por otra muchacha. La oscuridad le impidió apreciar sus rasgos. Curioso, redujo la velocidad y permitió que el otro coche le tomase la delantera. Parecía bonita, la condenada, y muy seria. Tenía que verla otra vez. Otro empujoncito y esta vez se convenció de que, efectivamente, aquella mujer merecía la pena de intentar la aventura. ¡Aventura! ¿Y si le sucedía lo mismo que por la tarde? Sin embargo, la última sonrisa de ella había sido mas franca y los rasgos de seriedad habían desaparecido. Haría una última tentativa para ver como era recibido. Otra vez cedió el paso al automovil blanco y verde. No había duda, merecía la pena.

Se enderezó en el asiento. Delante del suyo, perfectamente iluminado por sus faros iba el coche blanco. Y ahora que le miraba mas despacio creía reconocerle. Se parecía mucho al que había comprado hacia poco su amigo Miguel. Y la matrícula tambien era de Barcelona. ¡Qué curioso! ¿Quién sería aquella muchacha? Sin duda, la última querida de Miguel que acostumbraba a cambiar casi con tanta frecuencia como de automovil. Después de todo era muy fácil comprobarlo. Como socio del Automovil Club, Miguel llevaba la insignia en el radiador. Aceleró, hizo un gesto amistoso a la conductora al pasar que ella devolvió, y miró al sesgo. Allí estaba la insignia. Con ello la aventura se le venía al suelo; seguramente ella iría a reunirse con Miguel. No estaba de suerte aquél dia. Como despedida, volvió la cabeza. ¿Donde estaba el coche blanco y verde?

Frenó un poco esperando verle de un momento a otro. Pero se equivocó. El no recordaba haber visto ninguna bifurcación de carreteras ni edificio alguno donde hubiera podido detenerse. ¿Tendría avería? Apretó mas el freno hasta llegar al ralentí. Unos cientos de metros mas allá paró. Ni sombra del coche buscado. ¿Debía dar la vuelta? Sí, era lo mas correcto. Dejar a una muchacha sola en la carretera a esas horas con un coche a

veriado no estaba ni medio bien. Inic*ió* la maniobra pero la suspendi*ó* inmediatamente, con una sonrisa. A lo mejor se hab*ía* detenido voluntariamente y aprovechando precisamente que no hab*ía* vecindad en la proximidad. Era mejor esperar unos momentos mas. Se acercó cuanto pudo a la cuneta y sin parar el motor, aguardó. Diez minutos mas tarde se decidió. Rapidamente dió la vuelta y comenzó a desandar lo andado. No tuvo que caminar largo rato. Parado junto al borde de la carretera estaba el coche verde y blanco. Ella, sentada en el estribo miraba de frente al coche que se aproximaba y su sonrisa se mostró generosa cuando él colocó su coche delante del de ella.

-Perdoneme, señorita. ¿Le ocurre algo? He notado que se hab*ía* interrumpido nuestra carrera....

-Sí, algo ha ocurrido, pero no sé lo que es. No tengo la menor idea de cómo es un automovil por dentro.

Marcelo, con el pretexto de echar un vistazo al motor -no entendía tampoco una palabra de mecánica- se acercó al coche. Lo que le interesaba era ver la patente. No se hab*ía* equivocado, era el coche de Miguel. Ella, entonces, ser*ía* su amiga. Ya que no habr*ía* aventura por lo menos se mostrar*ía* galante con ella.

-¿La espera a usted Miguel?

-¿Miguel? ¿Por qué me va esperar Miguel? ¿Quien es usted?

-No se alarme. Me llamo Marcelo Olivares, rentista de profesión y parado por naturaleza. Este coche, -señalaba al de ella- lo conozco y , ¿para qué mentirle a usted?, he visto la patente, es el de mi amigo Miguel Urrutia. Y siendo así, es lógico que piense que va usted a reunirse con él. Ahora que si el coche se empeña en no andar no sé que vamos a hacer con él porque yo me encuentro en las mismas condiciones de ignorancia que usted.

-Sí, tiene usted razón, es el coche de Miguel. Me lo ha dejado esta tarde.

-Pero ahora que caigo, ¿no estaba Miguel en esa playa que nunca sé como se llama, donde va ahora toda la gente elegante y amiga de pasarlo bien?

-Sí, sí. Por eso me lo ha dejado. Porque él estaba muy a su gusto en esa playa y yo tenia que hacer unas cosas en la capital.

-Debía de haberla acompañado a usted. Es peligroso dejar a una mujer bonita viajar sola por esas carreteras. A lo mejor la raptan a usted.

Satisfecho de su ingenio, la miró con atención. Ella aparecía preocupada. Se mordía levemente el labio inferior sin querer sostener su mirada.

-No. No podía acompañarme porque -no me descubra usted contandosele cuando le vea- no le he dicho que venía a la capital. Le dije que iba a ver a unas amigas mías que tienen una finca muy cerca de la playa. No quería que se enterase de lo que venía a hacer a

-¡Uy, uy, uy! ¿Mentirijillas, eh? Le va a salir a usted una mancha en la punta de la nariz. Y no se quita, se lo advierto con anticipación.

Esta nueva muestra de ingenio le llenó de satisfacción. Además, la cosa había cambiado de aspecto. Claro que se parecía mucho a un chantaje pero estaba por asegurar que la posesión de aquél secreto le aseguraría su compañía para la cena y luego....podían suceder muchas cosas.

-Bien, bien. Yo me la puedo llevar a usted en el coche, pero ¿qué hacemos con el de Miguel? Yo no tengo nada para remolcarlo.

-Eso no importa. Puede usted empujar con su coche hasta que lleguemos a una casa donde nos puedan proporcionar una cuerda o una cadena. Pruebe usted a ver.

-Muy bien, lo haré, pero con una condición. Tiene usted que ser mi invitada esta noche. La prometo un rato agradable.

-De acuerdo. Las circunstancias me obligan a someterme a su hospitalidad. Pero que no se entere Miguel. Usted comprenderá que sería muy violento para mí el que él supiese...

-Miguel es amigo mío y yo soy amigo de Miguel. No pasaría nada seguramente. Pero esté usted tranquila, la guardaré religiosamente el secreto.

Subió ella al coche blanco y verde y tras de una serie de alarmantes golpeteos, empezaron a marchar lentamente. Tardaron casi media hora antes de hallar una casa y mas de una hora en convencer a su propietario de que les vendiese la cuerda del pozo, pagada en mas de diez veces su valor. No había dejado de tener consecuencias para los dos coches la primera etapa del viaje. Los parachoques estaban bastante estropeados.

La segunda parte del recorrido fué mas feliz. A velocidad media entraron por la avenida iluminada y Marcelo se dirigió directamente a su casa. Ante la puerta del jardín dió los toques de claxon convenidos y ante la cara inexpresiva del portero traspusieron la verja, deteniéndose ante la entrada del hotel.

Guió Miguel a su invitada hasta el saloncillo al tiempo que llamaba a la doncella.

-Margarita, indique usted a la señorita lo que la pregunte. Perdoneme usted un momento. Voy a encerrar los coches.

-Si, sí. De eso quiero hablarle a usted. No, ahora no. Cuan

do vuelva. ¡Cuántas molestias le estoy proporcionando! Si pudiera se lo diría a Miguel...

-Disponga usted como quiera de mí y de esta casa. No tiene por qué preocuparse. Soy con usted al momento.

Media hora después discutían el plan de la velada. Marcelo dudaba ante el programa que pudiera ofrecerla.

-Mire usted... a propósito, ¿cómo se llama usted?

-Virginia. Se reirá usted seguramente. En realidad no es un nombre muy definidor, ¿verdad?, para mi modo de vivir.

Marcelo la miraba sorprendido. Aquello presentaba buen aspecto.

-Virginia, aun no es tarde para que podamos ir a cenar a un sitio que yo conozco donde no la conocerán a usted y nadie podrá ir contandoselo a Miguel. Es una pequeña traición a nuestro amigo, pero una traición inocente, ¿no?

-Desde luego, desde luego. ¿Qué hora es? Yo, con las prisas olvidé mi reloj.

-Las....-Marcelo se interrumpió buscando el reloj en su bolsillo.-¿Dónde he puesto yo el reloj? ¡Mira que tiene gracia! Bueno no sé que hora es. Parece que usted y yo marchamos completamente de acuerdo esta noche. Nos hemos encontrado en la carretera, ninguno de los dos tenemos reloj, ambos tenemos un mismo secreto, es curioso, muy curioso.

-Si, es verdad, es muy curioso.

-Yo calculo que deben ser las once o cosa así. Tenemos tiempo de sobra para ir a algún lado, a divertimos un rato. ¿No le parece?

-Lo que usted diga. Esta noche usted manda y yo obedezco. Pero no se vaya usted a creer demasiadas cosas, ¿eh?

-¡No, no! Sería demasiada ambición por mi parte. No supongo nada, solo pienso que he tenido la suerte de conocerla y que me acompañe usted esta noche a cenar. Pero antes de marchar permitame ofrecerla alguna bebida fresca.

-Encantada. Lo estaba deseando pero no me atrevía. Me impone usted y su magnífico palacio.

Oprimió Marcelo el timbre y a la llamada acudió un respetuoso criado.

-Bautista, traiganos algo de beber, pero rápido. Vamos a salir.

Mientras les servían, Virginia llevó la conversación a lo que tanto la interesaba: los coches.

-Oigame Marcelo, ¿me permite usted que telefonee al mecánico de Miguel para que venga mañana por la mañana a arreglar mi coche? De paso, puede dar un repasillo al suyo y enderezar esos desperfectos que se le han hecho al chocar con el

mio. No ha sido mucho, pero es mejor que lo mire bien. Es un mecánico estupendo. Solo tiene un defecto que es bastante sordo y cuesta un triunfo hacerse entender.

Acompañada de Marcelo fué Virginia hasta el teléfono. Marcó un número e inmediatamente comenzó a hablar a grandes voces.

-¡Oiga! ¿Es Fernando? ¿Que si es Fernando? ¿Sí? Oiga, Fernando, mañana...sí...la señorita Virginia...Sí...Mañana muy temprano venga usted a casa de don Marcelo Olivares, ¡Olivares!. Eso es...Olivares, Marcelo Olivares, Avenida del Sauce veinticuatro...sí...veincuatro...para arreglar el coche de don Miguel...sí de don Miguel!...¿Me entiende usted? -Es una locura entenderse con este hombre, Virginia estaba vuelta hacia Marcelo. Con el esfuerzo tenía unos deliciosos colores naturales.- ¡Bueno, es una cosa! No, nada, una cosa digo. Pero además, coja usted el coche de don Marcelo, sí, del dueño de la casa y pongalo usted a punto porque tiene unas abolladuras y otras cosillas. ¿Qué? ¿No me oye? ¡Que coja usted el coche de don Marcelo...! -Es imposible entenderse con este hombre mas sordo que una tapia! Virginia sonreía encantadoramente y Marcelo estaba embobado viendola. -¿Quiere usted probar a ver si le entiende a usted mejor? ¡Fernando, oiga! ¡Espere un momento!

Le pasó el auricular a Marcelo y a éste le tocó el turno de vocear. Bautista, extrañado de aquellas voces asomó curioso por la puerta.

-¡Fernando! ¿Me oye a mí? Bueno. ¡Mañana, viene usted a la Avenida del Sauce, veinticuatro, a mi casa!...¡Sí!...don Marcelo Olivares...Coje usted mi coche y me lo arregla! Sí, haga usted lo que quiera.

Terminó reventado la conversación. Tuvo que acudir de nuevo en busca de los auxilios de Bautista.

-Ya ha oído usted. Mañana vendré el mecánico de la señorita y arreglaré el coche.

-Muy bien señor. ¿He de esperarle esta noche?

-No, no me esperes, aunque seguramente vendré pronto porque la señorita debe de estar muy fatigada.

..

Cenaron juntos. Virginia era una mujer insinuante, demasiado insinuante. No parecía echar mucho de menos a Miguel. Marcelo la preguntó:

-¿Qué diría Miguel si se enterase de que estamos los dos

en este amable tête a tête? Seguramente no le haría mucha gracia saber lo que ha ocurrido con su coche.

-¿Por qué me lo nombra usted? ¡Es la última persona a quien quisiera ver en este momento! No crea usted que no pienso en él y en lo que se le ocurrirá hacer si se entera del lugar en donde estoy. Por si las moscas, procuremos pasarlo lo mejor posible. Desde luego, mañana muy temprano tengo que emprender la vuelta.

-¿Hace mucho tiempo que conoce usted a Miguel? Yo no la he visto a usted con él nunca.

-Ni yo a usted tampoco. No, no hace mucho que le conozco. En realidad puede decirse que casi no le conozco. Y no sé lo que me ocurre esta noche, pero cada minuto que pasa es mayor mi deseo de no volverle a ver.

-¿Sí? Virginia -Marcelo se animaba por instantes- ¿qué quieren decir esas palabras? Es usted encantadora y se merece todo. Para qué nos vamos a engañar mas tiempo: me gusta usted a rabiar. Estoy dispuesto a todo por usted.

-¿A todo? ¿Iría usted a la cárcel por mí? Todos los hombres dicen eso siempre, pero luego en cuanto la mujer les pide el menor sacrificio se echan para atrás.

-No, Virginia, nó. Es verdad lo que la digo. Y es tonto que entre usted y yo vayamos a empezar un idilio. ¿Quiere usted prolongarme su grata compañía hasta mañana por la mañana? ¿Dí Virginia?

-No sé, lo tengo que pensar.....espera que pase un rato.... ya ha pasado el rato....Sí.

-Pues vámonos ahora mismo.

-¡No seas ansioso! Déjame terminar esta botella con tranquilidad. ¡Pobre Miguel! ¡Encima de todo, esto!

-No hables ahora tú de él. Es amigo mio y no quiero que se le ofenda,...mas que en lo estrictamente necesario. Date prisa. Es ya tarde....¿Donde demonios habré yo perdido el reloj?

-Bueno, vámonos.

..

Quando se despertó Marcelo al dia siguiente estaba solo en el lecho. Sonriendo recogió un pelo rubio de la almohada. A no ser por él hubiera creído que todo había sido un sueño. Ahora iría Virginia camino de su Miguel, pero no estaría separada de él por mucho tiempo. Ya habían planeado el próximo encuentro. Realmente era una esplendida mujer. No se podía quejar del fin que tuvo su aventura. Nunca le había salido nada tan perfectamente. Sentía cierta vanidad. Y lo que mas le agradaba de ella es que no había expresado todavía ninguna preten -

sión de modista o peletería. Indudablemente era una mujer de gran mundo. Estirando el brazo con pereza llamó al criado.

-Bautista, desde hoy vamos a cambiar de vida. No estoy seguro pero es muy posible que venga a vivir conmigo esa señorita que vino anoche. Incluso no juzgaría imposible que me casara con ella. No pongas esa cara. ¿Qué te parece?

-No soy yo quien para dar consejos, señor. Pero si he de decir que me parecido una verdadera señora. A los señores se les juzga por sus obras y la verdad, para las molestias que ha originado en esa casa, insignificantes, me ha gratificado muy generosamente. Claro que en el fondo y aun diría en la forma ha sido el señor quien me ha gratificado.

-¿Yo? No me acuerdo de nada.

-Esta mañana, temprano, llamó la señorita. Cuando entré en el cuarto ya estaba vestida. Me preguntó si había venido el mecánico a arreglar su choche. Como así había sido -simpático tipo, señor-, pareció mostrarse contenta. Buscó su bolsillo pero no lo tenía. Sonriendo -esa sonrisa que es un cielo si se permiten estas libertades- sacó de la cartera del señor quinientas pesetas y recomendandome que no le despertase a usted -ya me hago cargo, yo también he sido joven- se despidió de Margarita a quien también dió una buena propina. Cogió el coche del señorito Miguel, ¿no es de él ese coche? y salió disparada.

-Bien, bien. Está bien. Marcelo se preguntaba cual sería el tren de vida a que la había acostumbrado Miguel porque el dar propinas de esa categoría no era corriente. Claro que ella sabía hacer las cosas y habría pensado que para ganarse a la gente desde el primer momento no había nada mejor como engrasarles las bisagras.

-Dame los periódicos, Bautista.

Mientras desayunaba, Marcelo recorría de un vistazo los diarios. Algo le llamó de pronto la atención. De momento no era más que un nombre que bailaba ante él, luego, con mas calma releyó la noticia. A medida que avanzaba en la lectura, Marcelo sentía que la cabeza comenzaba a darle vueltas. Grandes letras en los titulares daban cuenta del hecho. Don Miguel Urrutia había sido robado, inmominiosamente robado. Una mujer había sido la autora. Hermosa, elegante, había atraído las miradas de aquél hombre que hizo de ella su amiga del alma. Poco le había de durar. El día anterior, dos semanas después de haberla conocido, ella había desaparecido de la casa llevandose dinero y alhajas en cantidad y para colmo había utilizado el propio automovil de Miguel para la huida. La policía tenía una pista. Se había visto el coche facilmente identificable por su color, remolcado por otro coche cuyas ca

racterísticas tenía la policía. ¡Todo había sido, pues un engaño!

-¡Bautista! ¡Bautista! ¡Qué hora es! ¡Menudo lío! ¡Malditas aventuras!

-Dígame, señor.

-¿Dónde está mi coche?

-¿El coche del señor? El mecánico del señorito Miguel salió a probarlo y no sé si habrá regresado. Si usted me lo permite voy a verlo.

Ahora lo veía todo muy claro. ¡Tantas ilusiones como se había hecho! ¡Lo bien que había preparado todo aquella mujer! Le había engañado, como todas. No había sido mal precio el que había pagado por una noche.

-No ha vuelto todavía, señor. ¿Quiere usted que le diga algo cuando vuelva?

-¡Cuando vuelva! ¡No volverá nunca más! ¡Ni él ni el coche! ¡Nos han robado, Bautista! Ya no vendrá nadie a vivir aquí. ¡Ah! y devuélveme ahora mismo esas quinientas pesetas y dile a Margarita que haga lo mismo con lo que ha recibido. Sí, no me mires con esa cara de idiota. Sí, son mias, mias, muy mias, me las han robado esta misma mañana. ¿Te enteras ahora?

-¿Quiere usted decir que la señorita Virginia...?

-¡No la nombres! Bueno, quédate con el dinero. Me molestaría tocarlo. Oye, ¿tu has visto mi reloj por algún sitio? No sé donde lo he puesto.....¡ay, ay, ay! No busques nada, ya sé donde está. Mira a ver si en el joyero queda algo...Nada ... ¿verdad?

-Nada.

-¿Y en la cartera?

-Nada.

-Está bien. ¿Has mirado si queda algún mueble en la casa? Esa condenada es capaz de todo.

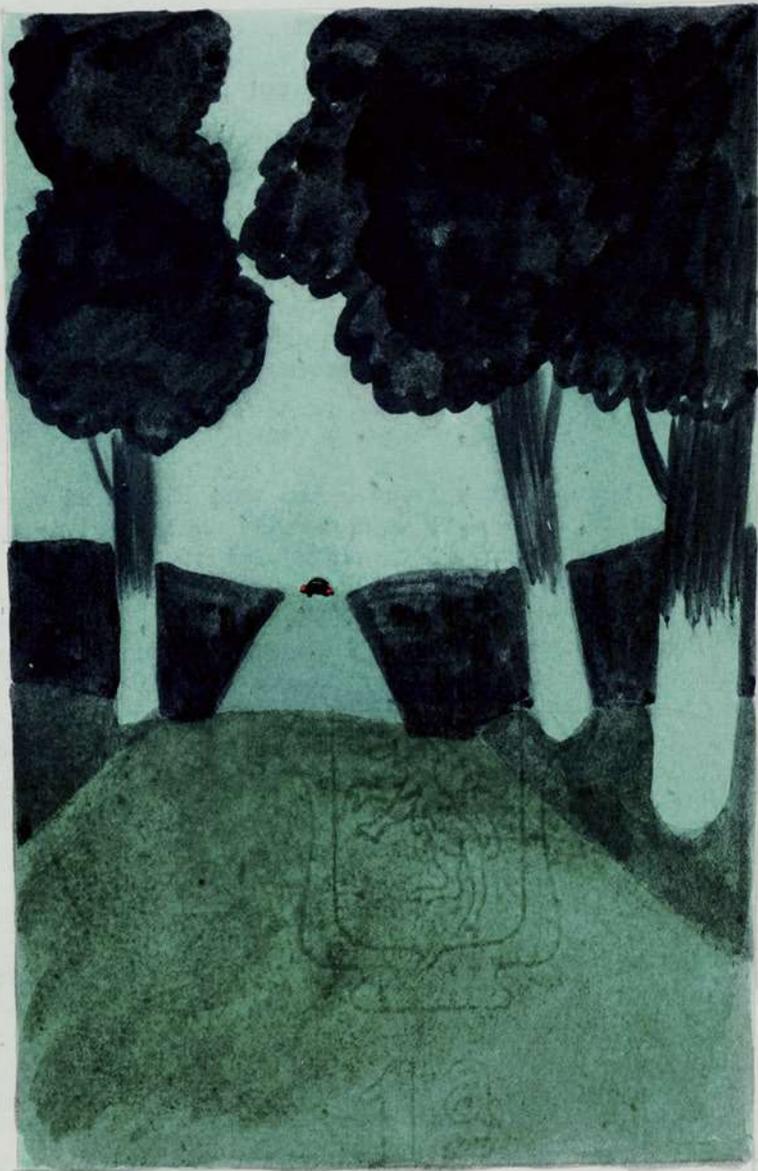
...

Días después, el telegrafo llevó a Marcelo la mejor compensación a toda su aventura:

"Creame que me acuerdo mucho de usted. Ha sido una de las noches mas agradables de mi vida. Fué el Destino quien le puso a usted en mi camino, primero para salvarme, para proporcionarme mayor beneficio después. Desconfie usted de las aventuras de carretera. Con afecto, Virginia".

Porque Marcelo estaba enamorado, enamorado como un becerro. Incluso había perdido el apetito. Se encerraba en su casa muy pronto y se levantaba temprano; estos signos demencia tenían

1116



muy alarmado a Bautista. Juntos pasaban las veladas desde el día en que todo se descubrió. Juntos afrontaron a la policía atraída por la pista que conducía hasta la casa de Marcelo. Ambos tenían un misterioso deseo de proteger a Virginia, un deseo inexplicable.

¿Dónde estaría entonces? ¿Qué haría? A lo mejor se encontraba acorralada por la policía. ¡Pobre muchacha! Después de todo qué importancia tenía lo que había hecho? ¿Se iban a morir de hambre Miguel o él? No, desde luego.

Mas difícil le fué explicar a su amigo lo que había sucedido, su propicia hospitalidad hacia aquella mujer. Hablaron, hablaron mucho y al fin se pusieron de acuerdo.

Por eso aquél telegrama le traía media vida a Marcelo. Sí, porque estaba depositado en España, luego ella no se había de ci di do a marcharse todavía, aun era posible encontrarla. ¿Había que encontrarla!

Todos los periódicos de España publicaron al siguiente día un desgarrador anuncio:

"¡Virginia! No te vayas. Vuelve. Te estoy esperando. Todo se ha olvidado. Te lo prometo.

Y todas las emisoras españolas lanzaron el mismo llamamiento:

"¡Virginia! Date prisa que voy a reventar. Vuelve enseguida a verme. Todo lo he perdonado".

Pasó un día y otro y hasta tres y al cuarto un nuevo telegrama.

-¡Señor! ¡Un telegrama! ¡Un telegrama! ¡Debe ser de ella, de la señorita Virginia!

-¡A ver, a ver! Trae....trae....No. Abrelo tú, Bautista, yo estoy muy emocionado, no podría.

-Gracias, señor, por la confianza. Ya sabe usted como queremos a la señorita Virginia en esta casa.

-Si, si, pero no entretengas, lee.

-Vé. Dice así: "Imposible volver. Nos separan diferencias sociales. Podría ser feliz con usted pero para mis asuntos ha ce fa l ta ma s vi st a. Le quiere, Virginia".

-¿Lo oyes? ¡Me quiere! ¡Me quiere! ¿Qué es lo que debo ha de er h ac er, Bautista? Espera, vamos a poner otros anuncios.

De nuevo la prensa entera se conmovió con la publicación de este anuncio:

"¡Virginia! ¡Tu no ha ga s ca so de las diferencias sociales que son una mentira! ¡Viva el comunismo! Si no vienes a mi iré yo a buscarte! Marcelo.

La respuesta no se hizo esperar:

"Te repito que no puedo volver. No quiero que unas tu su er -

te a la mía. Soy una ladrona. Te quiero muchísimo pero no puedo acceder a tus deseos. Tuya para nunca, Virginia."

El asunto había adquirido publicidad. La casa estaba constantemente invadida de periodistas en busca del último telegrama recibido. Los periódicos tiraban ediciones extraordinarias los días que Marcelo recibía noticias de Virginia. Se hacían apuestas sobre lo que tardaría en llegar el próximo telegrama; poco a poco el país se iba interesando más y más. A pesar de la vigilancia montada en todas las oficinas de telégrafos había sido imposible localizar a Virginia. Cada despacho procedía de un pueblo distinto. La Guardia Civil detenía todos los coches en las carreteras y exigía la documentación.

Aquella situación era insostenible. Marcelo lo comprendía así y se decidió. El suceso llamó mucho la atención.

"Un joven millonario roba por amor", eran los titulares de los periódicos de la mañana. En plena sesión de Cortes, Marcelo había atracado pistola en mano al Presidente del Consejo de Ministros, amigo de la familia, exigiéndole la entrega de su cartera y su reloj. A renglón seguido se entregó a la policía. Antes, rogó la publicación de otro anuncio:

"Virginia: ya somos iguales. Voy a la cárcel por tu culpa. Cuando salga nos casaremos"

Como la estupidez era de las de a kilo el asunto no pasó a mayores. Tres días después de su detención, Marcelo regresaba a su casa. Iba triste, no había recibido contestación telegráfica. Abrió la puerta mecánicamente, subió las escaleras sin corresponder a los saludos de Bautista y sin mirar lo que hacía se arrojó encima de la cama. Un grito le volvió a la realidad.

-¡Virginia! ¡Tú! ¡Has vuelto!

-Sí, ahora ya somos iguales. Tienes razón. Desde este momento trabajaremos juntos....

-Déjate de tonterías y....¿qué hora es?.....¿Donde está mi reloj? Virginia hazme el favor de devolverme el reloj. Además te advierto que no vale nada. Es de Bautista. Me lo prestó cuando....bueno, ya sabes cuando.

-Sí, Marcelo, sí. Toma el reloj. Efectivamente es muy malo. Luego te daré el tuyo. No tuve valor para desprenderme de él.

Aurelio ROMEO.

GENIOS POR DECRETO

CON motivo del estreno de dos comedias efectuado en estos últimos días se ha puesto de manifiesto una vez mas el espíritu de la Falange que lleva al teatro los mismos modos, el mismo "nuevo estilo" que a las demas actividades de la vida nacional.

Las dos obras estrenadas son "La respetable primavera", de Roman Escohotado y "Elvira está debajo de un almendro", de Enrique Jardiel Poncela.

La primera ha tenido muy buena crítica en general pero especialmente del periodico "Arriba" que considera este estreno como un acontecimiento que señala una nueva época del teatro. La segunda ha tenido tambien buena crítica de todos los diarios, a excepción del citado órgano falangista. ¿A qué se debe ésto? ¿Por qué Jardiel Poncela, uno de los pocos valores literarios de la España de ahora no cuenta con la simpatía de la Falange? ¿Por qué ha tenido una crítica tan despectiva e hiriente todo lo que ha estrenado desde marzo de 1939?

Desde aquí dentro no es facil saberlo, pero suponemos con cierto fundamento que se debe a dos causas, primera a que toda la labor de Jardiel Poncela se ha caracterizado por su despreocupación e irreverencia, y segunda a que este autor no es falangista antiguo y sospechamos, como deben sospechar los falangistas, que tampoco debe serlo ahora. Podíamos añadir una razón más, y quizas la de más

peso. Esta es, el tener un nombre hecho, lo cual le produce mucho dinero, pecado imperdonable este para las generosas derechas españolas.

No conozco a Ramon Escotado y por lo tanto nada se de sus producciones literarias. Estoy dispuesto a creer de buena fe que tiene talento y que su primera producción teatral estrenada con éxito es una obra de considerable valor. Lo que no es obstáculo para que pueda ser buena también una obra de Jardiel Poncela. ¿Por qué el fascismo español insiste en demostrar a cada momento su inferioridad pretendiendo eliminar los valores nacionales? ¿Tan poco valen sus figuras que necesitan de la eliminación de las otras para destacar ellas?

En las letras son borrados los nombres de los republicanos y de los neutrales, -los pertenecientes a la llamada tercera España- para que de ese modo puedan ser académicos Sanchez Mazas y Eugenio Montes, cuya obra consiste -sin negarles talento- en unos cuantos artículos publicados. La misma jerarquía adquiere García Sanchiz por unas cuantas charlas dadas en un teatro a cuatro pesetas la butaca. Al mismo tiempo que esto ocurre se posterga una figura procer de la intelectualidad española con la misma desconsideración que suele usar un señorito andaluz para con su criado; nos referimos a Menendez Pidal que deja de ser Presidente de la Academia Española para que lo sea un poeta mediocre y cursi como Pemán.

En la poesía se prohíbe la difusión de la obra de Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Lorca, Alberti, Miguel Hernández, etc. para que sea considerado como un gran poeta, por decreto, el Sr. Ridruejo.

En el teatro se posterga a don Jacinto Benavente y a D. Carlos Arniches y se prohíbe la obra de Lorca, Alberti y Casona para exaltar hasta el ridículo a Calvo Sotelo, Foxá y Escotado, con objeto de ver si el público los reconoce como genios. Pero como no les basta se revuelven también contra los valores jóvenes independientes como Jardiel Poncela.

En su desconocimiento de muchachos del Instituto, los falangistas ignoran que para llegar a tener un nombre en todo, pero especialmente en las letras, en el teatro, hay que contar siempre con una obra detras, no solo hecha, sino estrenada. Un autor se va haciendo no solo con sus condiciones naturales sino con el contacto con el público y todo eso cuesta años.

Jardiel Poncela cuenta con quince años de labor, un buen número de libros publicados y de comedias estre

nadas, unas con gran éxito y otras con fracaso como les ha ocurrido a todos los autores, fracasos que si bien le habrán producido amarguras, le han servido de enseñanza.

Yo no soy un fanático de Jardiel Poncela ni mucho menos. Creo que es un autor cómico de gracia gorda, más que un humorista. Pero no se le puede negar originalidad, sentido de lo cómico y dominio teatral. Ahora, me produce satisfacción ver su situación en la España imperial. Esta satisfacción se debe a su mal comportamiento con la República. Ya sabíamos nosotros que su estilo y su mismo modo de ser no se adaptaban a las consignas de la España vertical y que por lo tanto habían de tener este resultado para el autor de "Angelina o el honor de un brigadier".

No ha tenido buena suerte el señor Escohotado al estrenar su comedia con la compañía del llamado Teatro Nacional. Hemos visto una fotografía de una escena de la obra publicada por el periodico "ABC" que da una tristísima impresión de lo que debe ser la postura escénica y la interpretación: Aquén sofá y las cortinas que aparecen en la foto dan la impresión de un estreno en el desaparecido Coliseo Imperial hace veinticinco años. También el aspecto y la actitud de la señora de la Torre y el señor Secane, intérpretes principales de la obra nos recuerdan esas funciones que organizan los Luises en los finales de curso.

Creame usted, señor Obregón, ilustre autor de "El último husar", con aficionados como intérpretes, con aficionados como directores, por muy literatos fracasados que sean, y con la primera obra de un autor aunque este prometa talento, ni se renueva el teatro ni se puede evitar que los mejor preparados ganen dinero.

Edmundo BARBERO

peso. Esta es, el tener un nombre hecho, lo cual le produce mucho dinero, pecado imperdonable este para las generosas derechas españolas.

No conozco a Ramon Escotado y por lo tanto nada se de sus producciones literarias. Estoy dispuesto a creer de buena fe que tiene talento y que su primera producción teatral estrenada con éxito es una obra de considerable valor. Lo que no es obstáculo para que pueda ser buena también una obra de Jardiel Poncela. ¿Por qué el fascismo español insiste en demostrar a cada momento su inferioridad pretendiendo eliminar los valores nacionales? ¿Tan poco valen sus figuras que necesitan de la eliminación de las otras para destacar ellas?

En las letras son borrados los nombres de los republicanos y de los neutrales, -los pertenecientes a la llamada tercera España- para que de ese modo puedan ser académicos Sanchez Mazas y Eugenio Montes, cuya obra consiste -sin negarles talento- en unos cuantos artículos publicados. La misma jerarquía ad quiere García Sanchiz por unas cuantas charlas dadas en un teatro a cuatro pesetas la butaca. Al mismo tiempo que esto ocurre se posterga una figura procer de la intelectualidad española con la misma desconsideración que suele usar un señorito andaluz para con su criado; nos referimos a Menendez Pidal que deja de ser Presidente de la Academia Española para que lo sea un poeta mediocre y cursi como Pemán.

En la poesía se prohíbe la difusión de la obra de Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Lorca, Alberti, Miguel Hernandez, etc. para que sea considerado como un gran poeta, por decreto, el Sr. Ridruejo.

En el teatro se posterga a don Jacinto Benavente y a D. Carlos Arniches y se prohíbe la obra de Lorca, Alberti y Casona para exaltar hasta el ridículo a Calvo Sotelo, Foxá y Escotado, con objeto de ver si el público los reconoce como genios. Pero como no les basta se revuelven también contra los valores jóvenes independientes como Jardiel Poncela.

En su desconocimiento de muchachos del Instituto, los falangistas ignoran que para llegar a tener un nombre en todo, pero especialmente en las letras, en el teatro, hay que contar siempre con una obra detras, no solo hecha, sino estrenada. Un autor se va haciendo no solo con sus condiciones naturales sino con el contacto con el público y todo eso cuesta años.

Jardiel Poncela cuenta con quince años de labor, un buen número de libros publicados y de comedias estre

nadas, unas con gran éxito y otras con fracaso como les ha ocurrido a todos los autores, fracasos que si bien le habrán producido amarguras, le han servido de enseñanza.

Yo no soy un fanático de Jardiel Poncela ni mucho menos. Creo que es un autor cómico de gracia gorda, más que un humorista. Pero no se le puede negar originalidad, sentido de lo cómico y dominio teatral. Ahora, me produce satisfacción ver su situación en la España imperial. Esta satisfacción se debe a su mal comportamiento con la República. Ya sabíamos nos otros que su estilo y su mismo modo de ser no se adaptaban a las consignas de la España vertical y que por lo tanto habrían de tener este resultado para el autor de "Angelina o el honor de un brigadier"

No ha tenido buena suerte el señor Escobedo al estrenar su comedia con la compañía del llamado Teatro Nacional. Hemos visto una fotografía de una escena de la obra publicada por el periodico "ABC" que da una tristísima impresión de lo que debe ser la postura escénica y la interpretación; Aquén sofá y las cortinas que aparecen en la foto dan la impresión de un estreno en el desaparecido Coliseo Imperial hace veinticinco años. También el aspecto y la actitud de la señora de la Torre y el señor Seoane, interpretes principales de la obra nos recuerdan esas funciones que organizan los Luises en los finales de curso.

Creame usted, señor Obregón, ilustre autor de "El último husar", con aficionados como interpretes, con aficionados como directores, por muy literatos fracasados que sean, y con la primera obra de un autor aunque este prometa talento, ni se renueva el teatro ni se puede evitar que los mejor preparados ganen dinero.

Edmundo BARBERO



ROMANCES
MORISCOS

CUADERNO DE POESIA

Б У Т С И М А

19



I

El Alcayde de Molina
manso en paz y bravo en guerra
con sus Capitanes todos
llegó a la vista de Atienza,
de dó volvió victorioso
sin daño y con grande pena;
de cautivos bautizados
y de Christianos banderas.
Entró por la puerta el Moro,
y corriendo a media rienda
a la orilla de su dama
soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
y al dar la tercera vuelta,
desterrando sus temores
Celinda salió a la rexa,
diciendo furiosa y loca:
Si tu tuvieras vergüenza,
no corrieras por mi calle,
ni paráras a mi puerta.
Mal naya, Celinda Mora,
tan determinada o necia,
que para vivir en paz
se aficionó de la guerra.
Por ser tu alfange temido,
mas que no por tu nobleza
ofrecí a tu nombre solo
lo que ves en tu presencia.
Sin considerar primero,
que es claro que no concuerdan,
con entrañas de diamante
entrañas que son de cera.
¿Que importa que mis regalos
en paz y en amor te tengan,
si al son del pífano ronco
en furia y odio los truecas?
No niego yo que no acudes
con voluntad a mis quejas,
pero acudes con mayor
al ruido de una escopeta.
Pues estas cosas esumas,
justo es que esas cosas quieras,
que pues en tanto las tienes
menos soy yo que son ellas.

Cíñete tu corvo alränge,
embrázate tu rocela,
y llama tu fiel Acates
que te lleve las saetas.
Sal a hacer escaramuzas
por el monte y por la vega
en tu caballo torcillo,
y en tu fronteriza yegua.
Tala los campos cristianos
roba las cristianas tiendas
desde el campo de Almazán
hasta el monte de Sigüenza.
Dexa a Celinda del todo,
pues tantas veces la dexas,
y acude a tus obras vivas,
pues que me haces obras muertas.
No te llamarán mis ojos,
aunque viendo su miseria,
llorarán sin ver los tuyos
mi soledad y tu ausencia.
Esto dixo, y al momento
cerró del balcón las puertas,
sin tener lugar el Moro
de poderla dar respuesta.

II

No en azules tahelíes,
corvos alfanges dorados,
ni coronados de plumas
los bonetes africanos,
sino de luto vestidos
entraron de cuatro en cuatro
del malogrado Aliatar
los afligidos soldados,
tristes marchando
las trompas roncás,
los atambores destemplados.
La gran empresa de Fenix,
que es la bandera volando,
apenas la trató el viento
temiendo el fuego tan alto,
ya por señas de dolor

barre el suelo, y dexa el campo,
arrastrado con la seda
que el Alferez va arrastrando.

Tristes marchando
las trompas roncás,
los atambores destemplados.

Salió el gallardo Aliatar
con cien moriscos gallardos
en defensa de Motril,
y socorro de su hermano;
A caballo salió el Moro,
y otro día desdichado
en negras andas lo vuelven
por donde salió a caballo.

Tristes marchando
las trompas roncás,
los atambores destemplados.

Caballeros del Maestre,
que en el camino encontraron
encubiertos de unas cañas;
furiosos le saltearon;
hirieronle malamente,
murió Aliatar malogrado,
y los suyos aunque rotos,
no vencidos se tornaron.

Tristes marchando
las trompas roncás,
los atambores destemplados.

¡O cómo lo siente Zayda!
¡Y cómo vierten llorando
mas que las heridas sangre,
sus ojos aljofar blanco!
Dilo tu, amor, si lo viste;
¡Mas ay! que de lastimado
diste otro nudo a la venda,
por no ver lo que ha pasado.

Tristes marchando
las trompas roncás
los atambores destemplados.

No solo le llora Zayda,
pero acompañanla cuantos
del Albaicin a la Alhambra
beben de Genil y Darro.
Las damas como a galán,
los valientes como a bravo,
los Alcaydes como a igual,

1126

Los plebeyos como a amparo.
Tristes marchando,
las trompas roncadas,
los atambores destemplados.

III

Batiendole las hijadas
con los duros acicates,
y las riendas algo floxas,
porque corra y no se pare;
en un caballo tordillo,
que tras de si dexa el ayre,
por la plaza de Molina
viene diciendo el Alcayde:
Al arma, Capitanes,
suenen clarines, trompas y atabales.

Dexad los dulces regalos,
y el blando lecho dexadle;
socorred a vuestra patria,
y librad a vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba
dexar el amor suave,
porque en los honrados pechos
en tales tiempos no cabe.

Al arma, Capitanes,
suenen clarines, trompas y atabales.

Anteponed el honor
al gusto, pues menos vale,
que aquél, que no le tuviere,
hoy aquí podrá alcanzalle.
que en honradas ocasiones
y en peligros semejantes
se suelen premiar las armas
conforme al brazo pujante;

Al arma, Capitanes,
suenen clarines, trompas y atabales.

Dexad la seda y brocado,
vestid la malla y el ante,
embrasad la ádarga al pecho,
tomad lanza y corvo alfanje,
haced rostro a la fortuna,

tal ocasión no se escape,
 mostrad el robusto pecho
 al furor del fiero Marte.
 Al arma, Capitanes,
 suenen clarines, trompas y atabales.

A la voz mal entonada
 los ánimos mas cobardes
 del honor estimulados
 ardiendo en cólera salen,
 con mil penachos vistosos
 adornados de turbantes,
 y siguiendo las banderas
 van diciendo sin pararse:

Al arma, Capitanes,
 suenen clarines, trompas y atabales.

Qual tímidas ovejuelas
 que ven el lobo delante,
 las bellas y hermosas moras,
 llenan de quejas el ayre;
 y aunque con femenil pecho
 la que mas puede mas hace,
 pidiendo favor al cielo
 van diciendo por las calles:

Al arma, Capitanes,
 suenen clarines, trompas y atabales.

Acudieron al asalto
 los moros mas principales,
 formándose un escuadrón
 del vulgo y particulares;
 y contra dos mil christianos,
 que estan talando sus panes,
 toman las armas furiosos,
 repitiendo en su lenguaje:

Al arma, Capitanes,
 suenen clarines, trompas y atabales.

IV

Recoge la rienda un poco,
 para el caballo que aguija
 medroso del seiccate

con que furioso le picas;
que sin uso de razón
a mi parecer te avisa
de aquel venturoso tiempo,
que tu, desleal, olvidas:
cuando ruabas mi calle,
midiendo de esquina a esquina
con tus corbetas el suelo,
mis ventanas con tu vista.
¡O cruel a mi memoria!
pues por ella me castigas,
abrasando mis entrañas
con esas entrañas frías.
¡Que de prendas que fiaba
de tu voluntad fingida!
¡Que de verdades me debes!
¡Y yo a ti, qué de mentiras!
Ayer temiste a mis ojos,
hoy vences a quien temías;
que amor y tiempo en mil años
no están iguales un día.
Pensaba yo que en tu nombre
mi esperanza fuese rica
en prendas de quien tu eres,
y de quien son mis caricias.
¿A dónde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas:
defendereme del tiempo,
y de tí no tendré envidia.
Mas bien pudiera saberlo,
si yo saberlo quería,
quando escuché tus razones,
y vi tus quejas escritas.
Disculpas pensabas darme,
no quiero que me las digas,
para la dama que engañas
será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
bien es ya que te despidas
de mi alma y de mis ojos
como de mis celosías.
Esto dixo al Moro Azarque
la bella Zayda de Olías,
y cerrando su balcón
dió principio a sus desdichas.
El moro picó el caballo
y hacia el terreno le guía,
murmurando de su estrella
que a mil mudanzas le inclina.

V

Diamante falso y fingido
 engastado en pedernal,
 alma fiera en duro pecho,
 que ninguna fiera es mas;
 ligero como los vientos,
 mudable como la mar,
 inquieto como el fuego
 hasta hallar su natural;
 si las lágrimas que vierto
 fueran lenguas para hablar,
 injurias me faltarían
 para ocupar tu maldad.
 ¡Que injurias podré decirte!
 mas no te quiero injuriar,
 porque al fin quien dice injurias
 cerca está de perdonar.
 A todas dices que son
 las que contento te dan
 para tu gusto mentira,
 y que yo soy tu verdad.
 Y con esto piensan todos
 que debo a tu voluntad
 quantos caminos emprendes,
 para que te deba mas.
 Si como yo conociesen
 tu condición natural,
 a otro blanco mirarían
 a donde tus flechas van.
 Yo se, traydor, que estas quejas
 muy poca pena te dan,
 porque al fin quien dice injurias
 cerca esta de perdonar.
 Cansada estoy, enemigo,
 de sufrir y de llorar
 causa agena y propios daños,
 tu placer y mi pesar.
 Mis enemigos acoges;
 porque al fin conoces ya,
 que cuando no puedan obras,
 palabras me matarán.
 Sospechas dudosas fueron
 causa de todo mi mal,
 y zelos averiguados

convaleciendome van.
 Al cielo quiero dar voces;
 pero mejor es callar,
 porque al fin quien dice injurias
 cerca está de perdonar.

Así Fátima se queja
 al valiente Reduan
 en el jardín de la Alhambra,
 al pie de un verde arrayan.
 El moro que esta sin culpa,
 aunque no sin pena está,
 asióle la blanca mano
 y así comienza a hablar:
 Cesad, hermosas estrellas,
 que no es bien que lloreis mas,
 que si a mi me llamais piedra,
 en piedras haceis señal.
 Y no penseis que me agravio
 de que injurias me digais,
 porque al fin quien dice injurias
 cerca está de perdonar.

VI

Mira, Zayde, que te aviso,
 que no pases por mi calle,
 ni hables con mis mujeres,
 ni con mis cautivos trates:
 ni preguntes en que entiendo,
 ni quien viene a visitarme,
 ni que fiestas me dan gusto,
 ni que colores me placen.
 Basta que son por tu causa
 las que en el rostro me salen,
 corrida de haber mirado
 moro que tan poco sabe.
 Confieso que eres valiente,
 que rajas, hiendes y partes,
 y que has muerto mas Christianos
 que tienes gotas de sangre:
 que eres gallardo-ginete,
 y que danzas, cantas, tañes,

gentilhombre, bien criado,
 quanto puede imaginarse:
 blanco, rubio por extremo,
 esclarecido en linage,
 el gallo de las brabatas,
 la gala de los donayres:
 que pierdo mucho en perderte,
 que gano mucho en ganarte,
 y que si nacieras mudo,
 fuera posible adorararte.
 Mas por este inconveniente
 determino de dexarte,
 que eres pródigo de lengua,
 y amargan tus libertades.
 Y habrá menester ponerte,
 quien quisiera sustentarte,
 un Alcazar en el pecho,
 y en los labios un Alcayde.
 Mucho pueden con las damas
 los galanes de tus partes,
 porque lo quieren briosos
 que hiendan y que desgarran.
 Y con eso, Zayde, amigo,
 si algun baquete les haces,
 el plato de tus favores
 quíeres que coman y callen.
 Costoso fué el que hicistes,
 venturoso fueras, Zayde,
 si conservar me supieras,
 como supiste obligarme.
 Pero no saliste apenas
 de los jardines de Tarfe,
 quando hiciste de tus dichas
 y de mi desdicha alarde;
 y a un Morillo mal nacido
 me dixeran que enseñastes
 la trenza de mis cabellos,
 que te puse en el turbante.
 No pido que me la des,
 ni que tampoco la guardes,
 mas quiero que entiendas, Moro,
 que en mi desgracia la traes.
 Tambien me certificaron,
 como le desafiastes,
 por las verdades que dixo,
 que nunca fueran verdades.

De mala gana me rio,
¡que donoso disparate!
Tu no guardas tu secreto
¿y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
otra vez vuelvo a avisarte;
esta será la postrera,
que me veas y te hable.
Dixo la discreta mora
al altivo Abencerrage,
y al despedirle replica,
quien tal hace que tal pague.

NOTAS DE LECTURA

POUR DEMAIN, por JOSEPH CONRAD.- Con una gran maestría presenta Conrad el tema de la esperanza encarnado en dos personas: un padre y una joven. El primero, hombre acostumbrado a mandar espera a un hijo que se marchó del hogar paterno, cansado de que su voluntad fuera siempre limitada por la autoridad paterna. La segunda, joven sujeta a un padre ciego y tirano, sueña en un mundo feliz que encarna en la persona de ese hijo fugitivo.

A medida que pasan los años van soñando ella y el padre, en el mundo feliz que alcanzarán con la llegada del hijo errante. Por fin llega éste para volver se a marchar. Es la encarnación del destino, de la diosa de la fortuna, que se acerca a los hombres en algunos momentos de su vida para desaparecer después, dejando a aquellos que conocieron su presencia y no supieron o no pudieron conservarla, en un estado de desesperación, y aquellos que no notaron su presencia en el mismo estado de esperanza en que estaban antes.

En el cuento, el padre se niega a reconocer a su hijo como tal, mientras que la joven tiene en un solo momento la certeza de que el joven que tiene delante es el esperado y la imposibilidad de que se realice el mundo con que soñó durante años y años. Mientras el padre conserva en toda su magnitud la esperanza que le ha sostenido en la vida, la joven ve derrumbarse todas sus ilusiones.

No entra Conrad a analizar los sentimientos de uno y otro y sus reacciones ante el futuro; lo deja a la imaginación del lector.

Renunciando al magnífico estilo de Conrad encontramos el verdadero valor del cuento en la manera de presentar un

tema tan humano, de la vida cotidiana.

Ahora que España gime en las cárceles tenemos bien patente este problema. Gran número de inocentes se encuentran privados de libertad, latiendo en ellos la esperanza del juicio que los ha de poner en la calle, puesto que son inocentes. Llegado éste, muchos de esos inocentes son condenados, con lo que desaparece en ellos la vida interna que era motor de la material, mientras que aquellos que no han sido juzgados siguen manteniendo la esperanza de su pronta liberación, logrando que su vida sea casi feliz.

Este es uno de los muchos ejemplos que podríamos poner como corolario a este cuento de Conrad, expuesto tan delicadamente por su autor.

..

AMY FOSTER, por JOSEPH CONRAD.- En este cuento plantea el autor un tema menos real que el que presenta en "POUR DEMAIN". Tiene como fundamento la reacción que experimentan los naturales de un país ante todo extranjero, no por lo que implica como extraño, sino por lo que tiene de costumbres y cultura distinta.

No expone claramente de donde es el pobre emigrante que, salvándose de un naufragio, llega a las costas inglesas, aunque desde luego es de la Europa Central. ¿Un húngaro?, ¿un bohemio? Lo que importa, no es que sea de este punto o del otro sino la diferencia de raza y costumbres que hay entre su punto de origen y la costa inglesa.

Poco a poco logra el emigrante abrirse paso en ese mundo hostil a donde ha llegado, hasta el extremo de conseguir casarse con una joven del país, algo retrasada mentalmente. Y es precisamente

en esta retrasada donde ha de aparecer el choque violento de las dos civilizaciones, tal vez debido a la simplicidad de los dos elementos del drama. El pretexto del choque es bien simple pues tiene como fundamento una canción de melodía distinta a las inglesas cantada en un idioma incomprensible para los de este país.

José Campos.

BYZANCE, por AUGUSTE BAILLY.- No tiene esta obra ninguna pretensión erudita y así lo declara su autor en el prólogo. Sin embargo excede de lo que pudiera parecer como simple recorrido sobre la historia de Bizancio. A grandes rasgos sigue las vicisitudes de aquél desgraciado Imperio conmovido por sus feroces luchas interiores -políticas y religiosas íntimamente ligadas unas y otras- y duramente atacado por sus enemigos exteriores envidiosos de su riqueza y esplendor.

Fácil hubiera sido caer en el defecto de presentar una monótona relación de nombres y fechas, acontecimientos; tienen una semejanza tal los distintos reinados bizantinos que pueden distribuirse en dos grupos principales: uno, el de los que impulsaron el ascenso de Bizancio; otro, el de los que precipitaron en el fondo de una sima de donde parecía no poder salir nunca más. Destacan indudablemente determinados nombres. Pero quizá lo que menos interés, con ser grande el atractivo que tiene,

ofrezca, sea esta exposición de la historia bizantina. Aterra asomarse a la vida interior. Los partidos políticos, mas o menos disfrazados por sus aficiones deportivas; las diferencias religiosas, tan profundas que les hacían olvidar toda idea de perdón para el vencido o tolerancia para el poseedor de contrarias ideas en esta materia; traiciones de unos y otros; y todo ello expuesto con un admirable sentido de la medida que impide que el lector pueda sentirse aburrido, abrumado por la rapidez con que desfilan por las páginas de "BYZANCE" los diez siglos de su existencia.

Destaca en el libro la importancia que alcanzaron las mujeres de los emperadores bizantinos. Su intervención en la política, su habilidad para conciliar en difíciles momentos una y otra tendencia política. Y aunque indudablemente en alguna ocasión serían atribuibles a ellas los fracasos políticos internos y externos de Bizancio, son escasos los comentarios desfavorables que se le escapan a Bailly.

La visión retrospectiva que nos proporciona el autor sobre Bizancio sobrecoge por el tremendo contraste que debía ofrecer la magnificencia ornamental de la ciudad ante la miseria de un pueblo agotado a fuerza de persecuciones y guerras.

La calma y la belleza de Santa Sofía no sirvieron, sin embargo, para acallar las diferencias religiosas. Al lado de ella, el hipódromo excitaba las pasiones y provocaba las hecatombes y matanzas casi periódicas de las que unas veces los "verdes", otras los "azules" -según dominase una u otra tendencia- salían malparados.

A.R.

